

Los trabajos de la Conferencia [de Zimmerwald]

León Trotsky

3-6 de octubre de 1915

(Versión al castellano desde “Les travaux de la conférence”, en L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Segundo Tomo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 37-43. Publicado en *Nache Slovo*, 3-6 de octubre de 1915)

Todos los participantes en la conferencia fueron a la Casa del Pueblo, un recargado edificio con pinturas asirias en la maciza fachada de piedra gris. El comedor estaba ornamentado masivamente con lámparas de pie y los muros pintados con colores oscuros. ¡Modernismo alemán! “Esto me gusta, decía educadamente un delegado francés, jamás lo haría para mí, ¡pero me gusta!” En el café aparecieron los corresponsales de prensa; se las sabían todas. Suiza está llena de esos corresponsales franceses y alemanes. “¡Antes de que hayamos abierto solamente la boca, exclamó Grimm, la prensa burguesa del mundo entero dará a conocer nuestro fracaso! Los periodistas no nos dejarán en paz. Es imposible que todos nosotros seamos lo bastante firmes para rehusar una entrevista. Se apoderarán de la más mínima frase pronunciada en el restaurante. Este el motivo que me ha llevado a escoger locales a diez quilómetros de Berna, en el pequeño pueblo de Zimmerwald, arriba en la montaña.”

En tres horas llegamos a Zimmerwald. Los paseantes miraban nuestro cortejo con curiosidad. Los delegados hacían bromas: cincuenta años después de la creación de la [Segunda] Internacional, ¡ésta cabe en cuatro vehículos! Pero en esas bromas no había la menor traza de escepticismo... Predominaban dos lenguas durante el trayecto y durante la conferencia: el francés y el alemán. Los delegados ingleses estaban ausentes. Como habían declarado francamente al gobierno que viajaban a una conferencia internacional, éste, simplemente, les había negado los pasaportes. El diputado Glasher telegrafió que no podía venir. Ello simplificaba considerablemente el trabajo de los intérpretes, ese espinoso trabajo de cada conferencia internacional. La alternancia de las culturas europeas encontraba expresión en la lingüística de la Conferencia de Zimmerwald.

Los delegados franceses no hablaban ninguna lengua extranjera, parecidos en esto a los ingleses. Los alemanes comprendían y hablaban un poco el francés. Todos los italianos hablaban corrientemente el francés y algunos un poco el alemán. Los rusos hablaban francés, alemán e inglés. Uno de los intérpretes resultó ser una rusa, Angélica Balabanova, militante italiana que traducía el francés, el alemán y el inglés con la misma facilidad.

Todas las habitaciones disponibles en Zimmerwald fueron ocupadas por los delegados: en el hotel, en casa del jefe de correos, en casa de campesinos. El jefe de correos ofreció sus servicios en calidad de peluquero.

Durante los momentos de relajamiento, bastante poco numerosos, a decir verdad, los delegados se acercaban a la ruta montañosa y admiraban el Mont-Blanc y la Jungfrau. Estaba prohibido escribir desde Zimmerwald a fin que las informaciones no llegaran demasiado pronto a la prensa. Sin tomar en cuenta el despiste de los corresponsales, los diarios no publicaron nada de extraordinario, a parte de vagas alusiones a una conferencia que debía celebrarse no lejos de Berna. El *Berner Tagwacht* podía afirmar, con la conciencia tranquila, que en Berna no se celebraba ninguna conferencia. Tras algunos

días, el nombre de Zimmerwald fue conocido en el mundo entero. El hostelero quedó muy impresionado. Este honesto suizo le declaró a Grimm que confiaba en aumentar sus precios gracias a esta publicidad mundial, y que estaba dispuesto a librar cierta suma a la caja de la III Internacional.

Desayunábamos sentados en una larga mesa, agrupados por nacionalidad: únicamente los rusos estaban diseminados en calidad de intérpretes y de intermediarios. Después de la comida, Grimm, por petición general, “yodoló” esas extrañas canciones guturales montañosas; Serrati, el redactor jefe de *Avanti*, cantó parodias de canciones napolitanas; Chernov cantó “Los granujas” con su voz de tenor ligero. Grimm se levantó después y con una voz seca, como si no acabase de regalar a la asistencia “yodolando”, y nos ordenó ir a los lugares de la conferencia. Inmediatamente nos levantamos y partimos a trabajar.

Además de a Grimm, organizador de la conferencia, se eligió para la constitución de la mesa a Lazzari, representante del partido italiano y cuya autoridad crecería de forma extraordinaria en el curso de la guerra, a Rakovsky, representante del proletariado rumano en la Federación [Socialdemócrata] Balcánica, a la poeta y militante holandesa muy conocida Henriette Roland-Holst, en calidad de secretaria y a Angélica Balabanova como intérprete.

Existían algunas divergencias que salieron a la luz en las intervenciones, particularmente en lo concerniente a la principal cuestión del orden del día: el comportamiento ante la guerra y la lucha por la paz.

Una parte de la conferencia, inspirada por la extrema-izquierda, se basaba en el hecho que los viejos partidos socialistas, por ejemplo, los partidos francés y alemán, se habían disuelto no solamente en el momento crítico de la guerra, sino definitivamente al ligarse con los gobiernos capitalistas. Los partidos obreros no podrían renacer más que a partir de elementos nuevos. Tenían que ondear la bandera del “cisma” y romper todo lazo con las políticas de “Burgfrieden” (paz social) y “Unión Sagrada”. El más sobresaliente defensor de esta tesis era Lenin. Le seguían, más o menos estrechamente, el diputado sueco Hoeglund, jefe del grupo de izquierda, y el dirigente de la juventud noruega, Nörmann.

Un segundo grupo, ejerciendo, por decirlo así, el papel de “centro”, era hostil a la política oficial de los partidos occidentales. Pero consideraba que el “cisma” no era una condición *sine qua non* de trabajo en el pensamiento del internacionalismo. Los representantes de este grupo consideraban, como la extrema-izquierda, que el naufragio de la II Internacional se había debido al inmovilismo de las relaciones internacionales, al menos en Europa Occidental y era el resultado de una época histórica de política pasiva. Toda una generación del movimiento obrero se había constituido en una atmósfera de adaptación sistemática al parlamentarismo y había unido su suerte a la de este último en el momento crítico. Estos representantes, a semejanza de la izquierda, pensaban que no se trataba, tras la guerra, de volver al antiguo estado de cosas. Se efectuarían profundos cambios en el interior de los partidos socialistas. Pero, en tanto que se trataba de organizaciones de masas, no resultaba indispensable una separación sistemática. Se tenía que entablar una lucha implacable en el seno del partido para conquistar la influencia sobre las masas. Este segundo grupo se componía de elementos de izquierda alemanes (espartaquistas), de Roland-Holst, de Balabanova, de parte de los italianos, de los rusos y de los suizos.

El tercer grupo contaba con elementos más ponderados que miraban la conferencia como una demostración ante todo el mundo, y confiaban en que el fin de las hostilidades barrería la ralea nacionalista, volviendo a poner las cosas en su sitio. Este

grupo estaba constituido por una fracción de la delegación alemana, por los franceses y una parte de los italianos.¹

Está completamente claro que estos tres grupos tenían que explicarse en un ambiente poco ordinario. Mientras que el primero se esforzaba en ganar adherentes a la lucha interna y a la ruptura completa con el social-nacionalismo, el tercer grupo quería limitar el alcance de la conferencia a una manifestación por la paz.

Ante el rechazo de la mayoría a elaborar una resolución táctica y programada, el ala izquierda tenía que trabajar para que el primer problema de la internacional naciente (la lucha contra la guerra) se colocase sobre los railes de la lucha de clases revolucionaria. Creemos que se alcanzó este objetivo en grado sumo, teniendo en cuenta el estado de cosas.

Los rasgos generales concernientes a esta cuestión eran las causas fundamentales y los “culpables directos de la guerra”, la conducta de los partidos socialistas su semioposición pasiva (abstención en el momento de votar los créditos militares) y, por fin, los medios y fuerzas a disposición del proletariado.

En una de sus intervenciones, Axelrod expresó la opinión que usar la misma unidad de medida para juzgar el comportamiento de los socialistas franceses y alemanes, ignorando los causantes de la guerra y la diferencia de las situaciones militares, era propagar no el internacionalismo, sino el “cinismo”. Este punto de vista fue retomado, pero bajo una forma mucha más abrupta, por un delegado italiano. La asamblea rechazó categóricamente seguir por aquella vía. Fuese la que pudo ser la responsabilidad “indirecta” de la guerra (diplomática, etc...), el enfrentamiento de los pueblos europeos era el resultado de la política imperialista. Desveló los intereses *fundamentales* de la sociedad capitalista y puso en movimiento a las fuerzas *fundamentales*. En esta catástrofe mundial, en la que se juega la suerte de la cultura, el proletariado debe guiarse por sus intereses *fundamentales* y no interesarse por las matizaciones ofrecidas por los diversos gobiernos y las situaciones estratégicas provisionales. La colusión de los socialistas y del bloque nacional, como lo señaló el delegado de *Nache Slovo*, es más explicable *psicológicamente* en los países que sufren reveses que en las naciones que logran victorias, pero, políticamente y en el mismo grado, no hace más que desmoralizar y debilitar al proletariado. La cuestión planteada en la conferencia no es la búsqueda de las circunstancias atenuantes para las divergencias nacionalistas del social-patriotismo, sino suscitar contra él una lucha simultánea y coordinada por parte de toda la internacional.

La tendencia de los internacionalistas franceses y alemanes a limitarse a rechazar el bloque nacional fue admitida por la opinión general. En conclusión, el social-nacionalismo triunfante fue condenado como se merecía.

Se presentaron tres proyectos provenientes de la redacción de *Sozial-demokrat*, de la fracción de derechas de la oposición alemana y de la delegación de *Nache Slovo*.

El proyecto de *Sozial-demokrat* intentaba ofrecer indicaciones sobre métodos de lucha muy definidos. En primer lugar, ¿uno podría haberse preguntado sobre la oportunidad de declarar públicamente las tácticas a emplear! Independientemente de esto, estaba claro que, si la resolución era rechazada, no quedaba ninguna esperanza de transferir la descripción de las tácticas de base a otro documento... el proyecto tenía el fallo fundamental de representar un comportamiento indeciso y con doble sentido hacia la lucha de clases. Lenin había explicado suficientemente de forma clara, ya anteriormente con sus artículos y estudios, que consideraba personalmente el eslogan de la lucha por la

¹ Delegados franceses e italianos: como rápidamente se ha mencionado aquí, se deshicieron y simplificaron. Los que ocupaban una posición central, “no centrista”, resbalaron hacia la extrema-izquierda. La derecha zimmerwaldiana ocupó lugar en el Centro de Kautsky, entre el comunismo y el social-patriotismo.

paz como *negativo*. Explicaba su posición mediante al aforismo siguiente: nuestra tarea no es hacer callar a los cañones de 420 cm., sino ponerlos al servicio de nuestros propósitos. No hay dudas de que la diferencia entre pacifistas e internacionalistas consiste en esto: nosotros queremos convertir los medios militares en armas para los proletarios. Pero sería completamente inadecuado oponer esta cuestión y la lucha por la paz. Para que el proletariado alemán sienta el deseo de girar sus cañones hacia sus enemigos de clase, es necesario que ya no tenga el deseo de disparar contra sus hermanos de clase (en otras palabras, debe animarle sentimientos hostiles hacia *esta* guerra que lo agota y deja exangüe, igual que a su aliado de clase de ambos lados de las trincheras). La consigna del cese de la guerra es, para los proletarios, la de la autoconservación de clase, del acercamiento internacional y de la condición de la acción revolucionaria. Además, en el proyecto de *Sozial-demokrat* el eslogan por la paz no encarna el llamamiento vibrante del proletariado movilizándolo sus fuerzas contra el militarismo, sino como una concesión transaccional de puro ánimo revolucionario a la pusilanimidad pacifista del hombre.

El proyecto de manifiesto, elaborado por los elementos ponderados de la oposición alemana, trataba en primer lugar sobre las condiciones del mundo futuro: ninguna anexión ni incorporación económica por la fuerza, derecho de las naciones a la autodeterminación. No hubo ni un solo voto en contra. La guerra europea ha planteado, bajo la forma más aguda, la cuestión de las naciones pequeñas y débiles y la de la coexistencia de las grandes potencias. Ignorar esos problemas oponiéndoles el simple eslogan “paz” traduciría puro nihilismo. El proletariado debe tener sus principios, que debe esforzarse en tomar como bases de la coexistencia nacional por medio de la lucha revolucionaria y de la victoria. Los social-militaristas (Vaillant y compañía) formulan los principios de un mundo democrático y someten su creación al empleo del armamento nacional. Los social-pacifistas (Kautsky y otros) formulan principios análogos (contra las anexiones). Pero, como de hecho se reconcilian con la “paz civil” y dejan a los social-imperialistas el trabajo de dirigir a los proletarios, todos sus principios pacifistas no les sirven más que para crearse una buena conciencia. Los socialistas revolucionarios formulan los principios de la coexistencia de los pueblos (condición para la paz) como eslóganes a través de los que movilizan al proletariado contra la guerra y las empresas imperialistas; con estos eslóganes, lucharán contra la ferocidad diplomática del futuro Congreso de la Paz; con esos principios explicarán a las masas y demostrarán, con la experiencia viva de los acontecimientos, que la realización de esos principios no puede tener como resultado más que la toma del poder por el proletariado.

El programa de paz por el que debe luchar el proletariado fue literalmente (y sin juicio de principios) extraído del proyecto de la oposición alemana. ¿Este programa se adecua a las exigencias del desarrollo histórico? Esta es una cuestión que depende de un juicio de orden general. Pero el mismo proyecto elaborado por la derecha de la oposición alemana era inaceptable ya que, como no señalaba el comportamiento de los partidos socialistas y no hacía progresar de manera decisiva los lazos entre “las condiciones indispensables para la paz” y la lucha revolucionaria, caía en la fraseología pacifista.

El tercer proyecto, el de *Nache Slovo*, fue formulado dentro del pensamiento de las ideas fundamentales, desarrolladas en las consideraciones presentadas.

Los tres proyectos fueron sometidos a una comisión de siete miembros. La comisión confió la redacción definitiva a Grimm y al representante de *Nache Slovo*. Con algunas apresuradas correcciones, fue aprobado por la comisión y adoptado unánimemente por la asamblea.

Se rechazaron tres enmiendas presentadas por tres grupos rusos.

La primera enmienda fue presentada por la redacción de *Sozial-demokrat*: caracterizaba la posición de Kautsky, elogiaba a Liebknecht: semejante personificación, muy en el estilo alemán, estaba fuera de lugar. A instancias de la comisión, la enmienda fue retirada.

La de los S-R exigía que, al lado del imperialismo, se citase como causante de guerra a las “fuerzas del pasado”, a las dinastías. Se les señaló a los autores de la enmienda que no fueron Marruecos y sus “fuerzas del pasado” las que se habían anexo Francia, sino, por el contrario, que había sido la república francesa la que se había apoderado del imperio jerifiano. El imperialismo está por encima de cualquier forma política y se sirve de ella para sus propósitos.

La tercera enmienda provino de las delegaciones polacas y del OK. Ofrecía una caracterización detallada de las consecuencias sociales inevitables de la guerra: la desaparición de las clases intermedias, el crecimiento de las fuerzas y de la influencia de los sindicatos, de los trusts y de los financieros, el tono más áspero dado a la lucha de clases. De ello resultaba la perspectiva de un cambio social-revolucionario. En esta enmienda, muy difusa, se podían encontrar afirmaciones muy cuestionables junto a pensamientos irrefutables. Gracias a estos últimos no se podía divergir más que en la cuestión: ¿estaban en su lugar en el documento citado? Pero, de todas formas, esta enmienda llegó demasiado tarde para poder ser sometida a un examen detallado.

De todo lo que se acaba de decir se deduce que esta enmienda no podía ser aceptada. Era perfectamente justa tratando de la guerra y de la ideología nacional-liberadora, así como del socialpatriotismo oficial. Pero, en el dominio de la estimación de la época histórica y en la esfera de los métodos de lucha, conservaba una falta de precisión indiscutible, señalando el carácter puramente crítico de la oposición internacionalista en los viejos partidos en los que la dirección se mantenía en manos de los socialpatriotas. El documento nos habla a continuación de lo que se puede decir y de lo que se debe decir a las masas. Pero es lo máximo que se puede decir bajo las actuales circunstancias. El documento es un gran paso adelante.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es